

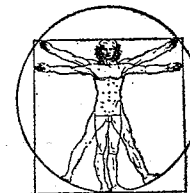
Hi 02 - 17

4 copias

CARLOS MARX / FEDERICO ENGELS

OBRAS ESCOGIDAS

TOMO I



EDITORIAL CIENCIAS DEL HOMBRE
BUENOS AIRES 1973 ARGENTINA

CAPÍTULO XXVI

EL SECRETO DE LA ACUMULACION PRIMITIVA

Ya vimos cómo el dinero se convierte en capital, éste en fuente de plusvalía y ésta en fuente de capital adicional. Pero la acumulación capitalista presupone la presencia de la plusvalía, y ésta la producción capitalista, que a su vez, sólo entra en escena en el momento en que masas de capitales y de fuerzas de trabajo lo bastante considerables se encuentran ya acumuladas en manos de productores de mercancías. Por consiguiente, todo este movimiento parece girar en un círculo vicioso, del cual no es posible salir sin admitir una *acumulación primitiva* (*previous accumulation*, dice Adam Smith), anterior a la acumulación capitalista y que sirve de punto de partida para la producción capitalista, en lugar de provenir de ella.

Esta acumulación primitiva desempeña, en la economía política, casi el mismo papel que el pecado original en la teología. Adán mordió la manzana y el pecado apareció en el mundo. Se nos explica su origen por una aventura que habría ocurrido unos días antes de la creación del mundo.

Del mismo modo, existió otrora, pero hace mucho tiempo, una época en que la sociedad se dividía en dos campos: de un lado, las personas de *élite*, laboriosas, inteligentes, y sobre todo dotadas de costumbres frugales; del otro, una multitud de pillastres perezosos, que derrochaban todos sus bienes de la mañana a la noche y de la noche a la mañana. Ni falta hace decir que los unos acumularon tesoros sobre tesoros, en tanto que los otros se encontraron muy pronto carentes de todo. De ahí la pobreza de la gran masa, que a pesar de un trabajo interminable, sin treguas, debe pagar siempre con su propia persona, y la riqueza de los menos, que recoge todos los frutos del trabajo sin necesidad de trabajar con sus diez dedos.

La historia del pecado teologal nos hace ver, por cierto, de qué manera el hombre fue condenado por el Señor a ganarse el pan con el sudor de la frente. Pero la del pecado económico colma una laguna lamentable al revelarnos que existen hombres que escapan a esa ordenanza del Señor.

Y estos insípidos infantilismos no dejan de repetirse una y otra vez. El señor Thiers¹, por ejemplo, se atreve todavía a abrumar con ello a los

¹ Thiers, *De la propriété*, 1848, Libro Tercero, "Du socialisme", págs. 203 a 338, y Libro Primero: "Du droit de propriété", cap. XI, "Du riche", págs. 76 a 94. (Ed.)

franceses, otrora tan espirituales, y en un volumen en que, con aplomo de hombre de Estado, pretende haber reducido a la nada los ataques sacrílegos del socialismo contra la propiedad. Es cierto que, una vez puesto sobre el tapete el problema de la propiedad, todos tienen que imponerse el deber sagrado de atenerse a la sabiduría del abecedario, la única a la altura y alcance de los escolares de toda edad².

En los anales de la historia real, lo que siempre predominó fue la conquista, la esclavización, el robo a mano armada, el reinado de la fuerza brutal. En los manuales beatos de la economía política, por el contrario, siempre reinó el idilio. Según ellos, nunca habría habido, salvo en el año que corre, otros medios de enriquecimientos que el trabajo y el derecho. En rigor, los métodos de la acumulación primitiva son todo lo que se quiera, menos materia para un idilio.

La relación oficial entre capitalista y asalariado tiene un carácter puramente mercantil. Si el primero desempeña el papel de amo y el segundo el de servidor, ello se debe a un contrato por el cual éste no sólo se pone al servicio, y por lo tanto bajo la dependencia de aquél, sino que además renuncia a todo título de propiedad sobre sus trabajos. ¿Pero por qué el asalariado lleva a cabo esta transacción? Porque no posee otra cosa que su fuerza personal, el trabajo en estado latente, en tanto que todas las condiciones exteriores requeridas para dar cuerpo a esa potencialidad, la materia y los instrumentos necesarios para el ejercicio útil del trabajo, la capacidad para disponer de los medios de subsistencia indispensables para el mantenimiento de la fuerza de trabajo y su conversión en movimiento productivo, todo ello se encuentra del otro lado.

En el fondo del sistema capitalista hay, entonces, separación radical del productor respecto de los medios de producción. Esta separación se reproduce en escala progresiva en cuanto el sistema capitalista se establece. Pero aquélla constituye la base de éste, que no puede establecerse sin ella. Para llegar al mundo, es preciso que, por lo menos en parte, los medios de producción hayan sido ya arrancados sin rodeos a los productores, que los empleaban para realizar su propio trabajo, y que se encuentren ya en manos de los productores de mercancías, que los emplean para especular con el trabajo ajeno. El *movimiento histórico* que separa al trabajo de sus condiciones exteriores es la última palabra de la acumulación llamada "primitiva", porque pertenece a la época prehistórica del mundo burgués.

² Goethe, irritado ante estas pamplinas, se burla de ellas en el siguiente diálogo: [Epigrammatisch, "Catequización", Goethe, *Gesammelte Werke*, Gotta, 1850, t. II, pág. 276. — Ed.]:

El maestro de escuela: Dime, pues, de dónde proviene la fortuna de tu padre.

El niño: Del abuelo.

El maestro de escuela: ¿Y la de éste?

El niño: Del bisabuelo.

El maestro de escuela: ¿Y la de este último?

El niño: La tomó.

El orden económico capitalista salió de las entrañas del feudal. La disolución del uno desprendió de él los elementos constituyentes del otro.

En cuanto al trabajador, el productor inmediato, para poder disponer de su propia persona, primero tenía que dejar de estar unido a la gleba y no ser ya un esclavo o siervo de otro. Tampoco podía llegar a ser un libre vendedor de trabajo, que aportase su mercancía donde pudiera encontrar un mercado, sin haber escapado al régimen de las corporaciones, con sus reglas para aprendices y oficiales, y todas sus ordenanzas y estatutos. El movimiento histórico que convirtió a los productores en asalariados se presenta, pues, como su liberación de la servidumbre y de la jerarquía industrial. Por el otro lado, estos liberados se convierten en vendedores de sí mismos sólo después de haber sido despojados de todos sus medios de producción y de todas las garantías de existencia que ofrecía el antiguo orden de cosas. La historia de su expropiación no es material de conjeturas. Se encuentra inscrita en los anales de la humanidad, en indelebles letras de sangre y fuego.

En cuanto a los capitalistas empresarios, esos nuevos potentados, no sólo debían desplazar a los maestros de los oficios, sino también a los dueños feudales de las fuentes de la riqueza. Su advenimiento se presenta, desde ese ángulo, como el resultado de una lucha victoriosa contra el poder de los señores, contra sus prerrogativas repugnantes, y contra el régimen corporativo, con las trabas que ponía al libre desarrollo de la producción y a la libre explotación del hombre por el hombre. Pero los caballeros de industria suplantaron a los caballeros de espada sólo gracias a la explotación de acontecimientos que no habían creado ellos. Lo lograron por medios tan viles como los que utilizó el liberto romano para convertirse en el amo de su *patronus*.

El conjunto del desarrollo, que abarca a la vez la génesis del asalariado y la del capitalista, tiene como punto de partida la servidumbre de los trabajadores; el progreso que logra consiste en cambiar la forma de esa servidumbre, y en provocar la metamorfosis de la explotación feudal en explotación capitalista. Para hacer entender su marcha, no tenemos necesidad de remontarnos demasiado lejos. Aunque los primeros esbozos de la producción capitalista se hayan dado muy temprano en algunas ciudades del Mediterráneo, la era capitalista data del siglo xvi. Allí donde estalla, la abolición de la servidumbre es desde hace tiempo un hecho consumado, y el régimen de las ciudades soberanas, esa gloria de la Edad Media, se encuentra ya en plena decadencia.

En la historia de la acumulación primitiva, todas las revoluciones que sirven de palanca para el progreso de la clase capitalista en vías de formación son hechos trascendentes, y sobre todo aquellos que, al despojar a grandes masas de sus medios de producción y de existencia tradicionales, los lanzan de improviso al mercado del trabajo. Pero la base de toda esta evolución es la expropiación de los cultivadores.

Sólo en Inglaterra se ha llevado a cabo de manera radical; por consiguiente, es inevitable que este país desempeñe el principal papel en nues-

ó esbozo. Pero todos los otros países de Europa occidental recorren el mismo movimiento, aunque según el medio cambie de color local, o se encuentre encerrado en un círculo más estrecho, o presente un carácter menos pronunciado, o siga un orden de sucesión distinto ³.

CAPÍTULO XXVII

EXPROPIACIÓN DE LA POBLACIÓN AGRÍCOLA

En Inglaterra la servidumbre había desaparecido en los hechos hacia finales del siglo xiv. La inmensa mayoría de los población ¹ estaba compuesta entonces, y más enteramente aun en el siglo xv, de campesinos libres que cultivaban sus propias tierras, fuesen cuales fueren los títulos feudales bajo los cuales se ocultó su derecho de posesión. En los grandes dominios señoriales el antiguo baile (*bailiff*), siervo él mismo, había dejado paso al arrendatario independiente. Los asalariados rurales eran en parte campesinos —que durante el tiempo libre que les dejaba el cultivo de sus campos se contrataban al servicio de los grandes propietarios—, en parte una clase especial y poco numerosa de jornaleros. Estos eran a su vez, en cierta medida, cultivadores por cuenta propia, pues además de su salario se les concedía campos de por lo menos cuatro acres, con chozas; por otra parte, participaban, junto con los campesinos propiamente dichos, en el usufructo de los bienes comunales, donde hacían pacer su ganado y se proveían de leña, turba, etc., para la calefacción.

Señalaremos de paso que el propio siervo era no sólo poseedor, tributario, es cierto, de las parcelas adyacentes a su casa, sino además

³ En Italia, donde la producción capitalista se desarrolló antes que en otras partes, también el feudalismo desapareció primero. Por consiguiente, los siervos quedaron emancipados de hecho antes de haber tenido tiempo para asegurarse los antiguos derechos de prescripción sobre las tierras que poseían. Una buena parte de estos proletarios, libres y ligeros como el aire, afluyeron a las ciudades, legadas en su mayor parte por el Imperio romano y que los señores habían preferido desde hacía tiempo como lugar de residencia. Cuando los grandes cambios ocurridos hacia finales del siglo xv en el mercado universal despojaron a Italia septentrional de su supremacía comercial y provocaron la declinación de sus manufacturas, se produjo un movimiento en sentido contrario. Los obreros de las ciudades fueron empujados en masa hacia los campos, donde a partir de entonces los pequeños cultivos, ejecutados en forma de horticultura, conocieron un florecimiento sin precedentes.

¹ Hacia finales del siglo xvii, más de los 4/5 del pueblo inglés eran todavía agrícolas. Véase Macaulay, *The History of England*, Londres, 10a. edición, 1854, vol. I, pág. 413. Cito aquí a Macaulay, porque en su condición de falsificador sistemático, reduce y minimiza a su capricho los hechos de esa clase. 3ª edición alemana: La nota 1 comienza con el siguiente texto: "Los pequeños propietarios que cultivaban sus propios campos con su propia mano, y que gozaban de modestos ingresos... eran entonces una clase más importante que en nuestros días. No había menos de ciento sesenta mil propietarios, que con sus familias debían de formar más de un séptimo de la población del reino y vivían en pequeñas propiedades francas (*freehold estates*). El promedio de la renta de estos pequeños propietarios... se calculaba en sesenta o setenta esterlinas por año. Se considera que la cantidad de personas que cultivaba su propia tierra era más elevada que el número de las que arrendaban tierras ajenas" (*Ibid.*, págs. 333-334).